

Reina Mayor



CARMINA IBARZ BLANCO

Damas



MARIA PILAR ALGURIZ ABRIL



MARTINA NAYA COLEN



TOMY BISEN PIFARRE



MARIA GADOR FERNANDEZ

Nuestra Fiesta • El Pan y la Sal

En ciertas ciudades de este Planeta llamado Tierra, hay una costumbre casi tan antigua como el mundo en que vivimos, es la de ofrecer al viajero, al que viene y al que va, el pan y la sal.

En esta ofrenda están significados simbólicamente, con el pan, los trabajos y fatigas del quehacer cotidiano, el sudor de la jornada, el pan nuestro de cada día, y con la sal, eso precisamente, la sal de la vida, haciendo ver que no sólo de pan vive el hombre, que también se necesita esa alegría, ese retazo de azul, esa salsa de los caracoles, y para aderezar esa salsa nada mejor que esa pizca de sal, que da sabor y paladar al ajetreo continuo de ganarse el pan, pero sobre todo, la dádiva del pan y la sal, significan el abrazo cordial, el apretón de manos, la hospitalidad, ofreciendo todo, desvelos, trabajos, fatigas, alegrías, satisfacciones, y cordialidad al forastero, al que llega, abriéndole las puertas de su mansión y poniendo a su disposición todo lo que pueda desear.

Por eso aquí en tierras de Aragón, en Binéfar, y al decir Binéfar, es decir cordialidad y generosidad, queremos ofrecer también, el pan y sal pero esta vez convertidos en sus fiestas mayores.

Si de por sí, el Binefarenses se desvive por atender a todo el mundo, qué no hará en la noria multicolor de sus fiestas.

Ahí tenéis el pan y la sal de sus músicas y repicar de campanas, el pan y la sal se trueca ahora, en belleza y galanura al paso de sus reinas y madrinas, que se abren en la noche de sus fiestas ofreciendo el mágico encanto de su belleza. Rasgueos de guitarras, coplas que surcan el aire y todo el espíritu de un pueblo noble y generoso, ofreciendo el pan y la sal de su jota, que se mete en el corazón de todos, fiesta maravillosa para las pupilas que la contemplan, y ahora el pan y la sal es fervorosa oración en la ofrenda de flores a su Cristo de los Milagros, que hoy ha hecho el milagro mayor de juntar y hermanar a todos en una plegaria de amor y de fe.

El pan y la sal, de las risas de los niños, el pan y la sal de esas venerables cabezas, en la que la plata de los tiempos marca su ancianidad, premiada hoy en el homenaje a su vejez.

El pan y la sal de tantas cosas bellas y sinceras que en este tiempo de fiestas, Binéfar y los Binefarenses ofrecen a todo el que quiera gustar ese pan y esa sal de su hospitalidad, hoy agrandada con las fiestas mayores de la patria chica.

Pérez Cifrán

Reina Infantil



ANA ROY ORTIZ



MARY TRINI GALLART MONZON



MARIA EULALIA LAGÜENS GRACIA



MARIA INES GALLART MONZON



ALICIA PEREZ ITURRIAGA

Tratado de Binéfar

EFEMERIDES DE LA HISTORIA DE ESTA VILLA

La antigua y noble Villa de Binéfar, situada entre San Esteban de Litera y Tamarite, es patria de Don Pedro Cerbuna, Canónigo de la Santa Iglesia de la Seo de Zaragoza, fundador de su Universidad, y después Obispo de Tarazona, aunque no tiene en su Historia los fastos históricos de su vecina Ciudad de Monzón, no hay duda de que, como dice Andrés Ustarroz, Cronista del Reino de Aragón, bastaría el acontecimiento de la aparición milagrosa de la Imagen de Nuestra Señora del Romeral, para que su historia destacase singularmente.

Fray Faci dice que «a diftancia de una legua de fu población, hubo antiguamente un pueblo llamado Alcort, o Alcorn: fus ruinas dizen que la guerra lo confumió: permanece fu Caftillo, a quien no pudo aún el tiempo dirruir del todo; la fierra vecina fe llama de Alcorn; al pie de efta ay una Iglefia muy Antigua que feria de aquel pueblo, y a expenfas de la piedad dura: en efta fe venera la Milagrofa Imagen de N. Sra. del Romeral»

Nada nos dice el autor citado, respecto a la fecha en que fue hallada por unos cazadores, la Imagen aparecida, y que los del País, la llaman, «la de las Abarcas», aunque el voto de visitar a su Patrona el día uno de Mayo data del año 1690.

Nos preguntamos, si en el año 1363 el Castillo de Acort, que existía junto al Templo de la Virgen del Romeral y que sólo nos dice Ustarroz, que fue destruido en la Guerra de Sucesión parcialmente, fue el lugar de cita entre Pedro IV y el Conde de Trastamara.

En septiembre de 1363, en plena Guerra de los Dos Pedros (Pedro IV de Aragón y Pedro I el Cruel, de Castilla), anunció Duguesclin su intención de regresar a Francia con sus Compañías y con él se irían los exilados castellanos, que seguían al Conde de Trastamara en guerra con su hermanastro Pedro el Cruel.

Pedro IV el Ceremonioso, que llevaba la peor parte en la Guerra, le rogó que no se fuera y en consecuencia, el Pretendiente, que afirmaba sentir un gran temor por las asechanzas de sus enemigos, obtuvo del Rey la celebración de una entrevista a orillas del Cinca entre Castejón del Puente y Binéfar, con el fin de tratar las condiciones de seguridad.

La entrevista se realizó (¿acaso en el Castillo de Acort?) y como resultado de ella, se convinieron luego en Binéfar, donde firmaron un triple acuerdo. Por el primero, Pedro IV, juró sobre la Hostia en forma muy solemne, ayudar a Enrique con todo su poder, a conquistar el trono de Castilla; daba en rehenes a su hijo Alfonso y recibía al primogénito de Enrique, Juan. Por el segundo, Enrique reconocía los derechos aragoneses al reino de Murcia y a las ciudades de Utiel, Moya, Cañete, Cuenca, Molina, Medinaceli, Almazán, Soria y Agreda (menos que en Uncastillo), y por el tercero los reyes de Aragón y de Navarra prometían hacer directamente la guerra a Pedro I y abonar ciertas sumas para el sostenimiento de la causa del Conde de Trastamara.

Los acuerdos de Binéfar implicaban dos cosas; el reconocimiento oficial de las pretensiones de Enrique a la Corona de Castilla —trataba ya con Pedro IV y Carlos II como si fuera rey—, y la confirmación por parte de éste, de las aspiraciones expansionistas de Aragón. Estos serán los ejes de la política ibérica en los próximos seis años. Los rehenes previstos fueron puestas en noviembre de 1363 en manos de Juan Martínez de Luna y de Alvar García de Albornoz.



Discurso del Mantenedor

Excmo. Sr. Gobernador, Ilmo. Sr. Alcalde, señoras, señores, amigos: Vais a permitirme que esta ceñida y corta oración la brinde como homenaje de admiración a don Joaquín Pano que el pasado domingo, en Monzón, oficiando de pregonero de sus Fiestas de San Mateo, nos dio a todos los oyentes, y singularmente a mí, invitado especial al acto, una lección magistral de cómo debe practicarse el empleo de la palabra, al pensarla, al escribirla y al decirla. Y ahora, poniéndome más vertical en el platillo del imaginario redondel y jugándome la suerte o el fracaso con las cuartillas por capote, muleta y espada, empiezo:

Venir a esta tierra es para mí como retornar a un reverdecimiento de mi hombredad. A esta tierra, aquí, un poco más allá, a San Esteban de Litera, es a donde, hace ya bastante más de medio siglo, mis padres me trajeron a plantar en ella mi niñez de nueve años. Veníamos de un pueblo de la provincia de Teruel, enclavado en la loma más alta del áspero y apocalíptico Maestrazgo —que aún guarda, ostentándolo con orgullo, el nombre del Cid y huellas de su colosal hazaña— y recuerdo que al apearnos del tren en la estación de Binéfar, subí a la tartana del Sr. Pedret y al echar calle arriba al paso tardón del viejo macho, me quedé absorto a la contemplación de aquella charca que cubría lo que hoy es vuestra hermosa y alegre plaza principal y exclamé: ¡Oh, el mar! Y mi padre, que sabía de balsas, navajos, arroyos, ríos, mares y océanos, acarició mi asombro con su sonrisa. En aquel instante —la visión del agua meciéndose al sol del mediodía, la caricia paterna regustada de mi inocencia— nació en mí el sentimiento de la poesía.

San Esteban de Litera nos acogió aquella tarde del 30 de abril de 1909, como a cómicos de la legua. Eramos cuatro la familia: mi padre, mi madre, yo y mi hermanilla, y el desfile por la calle mayor lo acompañó la patulea con su algarabía jubilosa. ¡Comediantes, comediantes!... Y luego a la puerta de la fonda, el oír que mi padre era el maestro que llegaba a tomar posesión de la escuela, la chavalería se desvandó como gorriones en espanto. Aquel día —el paso por Binéfar, la entrada en San Esteban— se clavó en mi memoria como el primer acontecimiento transcendente de mi vida.

En ocho años pueden ocurrir —ocurren— muchas cosas. Por ejemplo, ésta: que un niño se haga —se hace— mozo. Hacerse mozo en una misma tierra es echar raíces en ella, nutrirse de su substancia, arquitecturarse de su materia, troquelarse con el cuño de su historia, de su sentido vital, de su esperanza y su desesperanza, de su ilusión y su cansancio, de su gozo y su congoja, de su creer y su descreer. Y puede ocurrir, también, que aquel crío, en su avance a la mocedad, aprenda a entender porqué el hombre piensa y porqué el hombre inventó la palabra.

Todo esto que os estoy diciendo, y más aún lo que voy a deciros, son palabras que, destiladas del alambique del pensamiento, iban cuajándose en emociones al caer en el cuenco de mi corazón. ¡Oh, mi corazón! En las alboradas primaverales yo me subía al monte que cimera el vetusto campanario a ver llegar las golondrinas, a verlas cómo dibujaban en el espacio una lírica geométrica de rectas, curvas, quebradas, verticales, horizontales e inclinadas. Y recortándose en la claridad mañanera, a lo lejos, no muy lejos, Binéfar, sosteniendo sobre sus hombros el airoso lanzón de su campanil.

¿Lo véis? Traerme aquí esta noche ha sido ardid de vuestro alcalde para someterme a transmutación, a retrocesarme a lo que fui, o, a lo mejor, para enseñarme a vosotros como soñé ser. Porque esta plana del bajo Ribagorza, entonces, recién transformada de secarral en regadío, aún era púlpito para asomarme a él y embarazarse a preguntar, para enfrentarse al problema de la dificultad que tenía delante el hombre literano obstruyéndole el camino. «¿A dónde el camino irá?» —se preguntaba don Antonio Machado, mirándolo alejarse serpenteante y polvoriento, desde la alta atalaya del Mirón soriano. Y Binéfar, punzándose el alma con el trocar, despertó de su profundo letargo y se puso a abrirles caminos de andar a sus esperanzas de futuro y porvenir.

Y esta realidad vuestra de ahora, esta presencia notoria y resaltante en el paisaje nacional, son testimonio de que el espíritu binefarente, desde aquella hora de su despertar, se ha sostenido en inquietud anhelosa de progreso, en vehemencia de renacimiento reformador, en conflicción con las viejas tradiciones y los viejos dogmas que lo tenían en contemplativa clausura o en arrodillada imploración. Vosotros podríais objetarme que desde la ventanilla del tren o del coche, las cosas no se ven como son, o mejor aún, lo que son. Y tendríais razón; porque a la vista de veraneante pasajero todo toma apariencias que nos chocan, porque nosotros, los que nos vamos por ahí, o nos venimos por aquí a descubrir mediterráneos, llevamos anteojos con cristales de petulancia, de color de menosprecio o de indiferencia, y pocas veces, muy pocas, de admiración, de indignación o de justicia.

Pero yo, siempre que vuelvo a esta tierra, siento la necesidad emocional de revolverla de sus afueras a sus adentros, de hurgar en sus entrañas para ver si aún quedan murallas de incomprensión y de pobreza sin brechas para la liberación. Y sí, sí; aún quedan. A la hora que los gallos cantan anunciando albos, a muchos hombres les angustia la duda, porque no saben, aunque lo piden a Dios con el Padrenuestro, si con el sudor de su frente podrán ganarse el pan necesario para el día.

¿En ese trastueque de sudor por pan, de lentejas por primogenituradas, de belleza por superfluidad, de poder por ética, de pudor por erotismo, está la esperanza de futuro del hombre? Vosotros poetas, escritores, pintores, participantes y competidores en este Certamen que estamos festejando, podríais darnos la respuesta exacta, pero lo que yo tengo ante mis ojos, lo que estoy palpando con el alma en fruición, es este colosal esfuerzo de voluntad que ha hecho Binéfar para a seguido de la grande y sangrienta hecatombe que fue nuestra discordia civil, ponerse en pie, y echando el pie delante, cargando la suerte como hacen los toreros que torear, citar al toro del progreso, y mandándolo, templándole la embestida, pasárselo por la tripa, poniéndonos en emoción y pasmo a los muchos espectadores del hacer de España que estamos en expectación.

Progreso. ¿Y qué es progreso? ¿Qué le falta al hombre, al de aquí, al de allá, al de más allá, para progresar?... Y al instante damos, topamos con la palabra mágica y tremenda: LIBERTAD. Asomado al púlpito sigamos desembarazándonos de preguntas: ¿Qué es libertad? San Pablo exclamaba: «¡Quién me libtará de este cuerpo de muerto!» Y Santa Teresa rezaba en versos divinos: «¡Vivo sin vivir en mí, y tan alta vida espero, que muero porque no muero». Contra este concepto de libertad teologizada, los existencialistas, rebeldes al exceso de la filosofía de las ideas y de la filosofía de las cosas, afirman que la libertad de cada uno depende de la libertad de los otros.

¿Verdad que con la palabra el pensador palabrero puede hacer milagros? «Obras son amores y no buenas razones», dice el refrán. Pues bien; con razones, razonando, vosotros habéis obrado este Binéfar en crecimiento y desarrollo y os habéis cultivado, de añadidura, capacidad para amar a la cultura. Y quié estáis, galardonando merecimientos de poetas, prosistas y pintores, rindiendo vuestro agradecimiento y admiración a hombres que, ungidos por la gracia de la vocación y del sacrificio, practican el ejercicio espiritual de las Letras y de las Artes.

Y ya, llegando al final por agotamiento de existencias en mi palabrería me permitiréis deje pasar por el aire de la sala el gorrioncillo de mis atrevimientos literarios. Porque quiero deciros, con la misma desnuda ingenuidad que la lechera de la fábula construía su futuro, que este presente mío está arquitecturado con los sueños de la infancia y de mi primera mocedad. Y fue precisamente en este polígono romboidal que tiene por vértices San Esteban de Litera, Binéfar, Tamarite y Monzón, donde aprendí a donde iban los caminos machadianos y a entender el porqué el hombre inventó la palabra. Pensamiento y palabra. Pensar y expresar. Los dos utensilios del espíritu para liberar al hombre de todas las opresiones y de todas las cárceles, aunque esté oprimido y encarcelado.

¡Ah, ilustrísimo señor Alcalde, viejo y entrañable amigo Pepe Lacort, cómo y cuánto bien me has hecho trayéndome a oficiar de mantenedor en esta fiesta! ¿Y sabes porqué? Porque me has puesto el alma en retrocesión y estoy soñando como cuando era niño, como cuando era mozo. Y más palabras, las últimas que me quedan, menos una: poesía en verso, poesía en prosa, poesía en color. Poetas, escritores, pintores que han venido a someter a juicio de entendidos el fruto de su inteligencia y de su inspiración. Poesía en trabajo, Binéfar, con señorío y rango de ciudad, con talante de ciudadanía civil y civilizada, limpia, clara, afanosa de ser y presumida de lo que es. Y poesía en vuestras mujeres, en la mujer binefarenses. Miradlas. Los vientos navajeros que bajan de la Guara, los soles titeranos, las aguas del Esera han burilado y bruñado en hermosura, en hermosura del cuerpo y del alma. Abuelas, madres, novias, esposas, hijas, nietas. Son las de siempre; con toda la fascinadora belleza y toda maciza y zumosa dignidad que hay que tener para ser ...eso.

Querido y admirado Joaquín Pano, maestro: he hecho lo que he podido. ¿Me devuelves la montera? Y Excmo. Sr. Gobernador, señoras, amigos, Alcalde, ya mi última palabra: ¡Gracias!

A Joaquín Pano, mi maestro en pregones y mi amigo.

JOSE MARIA HERNANDEZ PARDOS

La Música

Acepto gustoso la invitación que me haces de que escriba sobre música. Ya sabes es mi afición predilecta.

Me dices que me dirija especialmente a la JUVENTUD, adormecida en un porcentaje muy elevado en cuanto al conocimiento de música clásica, de cámara, folklórica, eximiéndoles de toda culpa de que esto suceda. Nadie se ha preocupado hasta ahora de incrementar sus aficiones a la buena música, que como todo lo extraordinario, debe enseñarse en la escuela primaria, como aprendemos las tablas de aritmética, el lenguaje, la historia, etc. En nuestra niñez debemos comenzar a educar nuestros sentidos.

Quizá sea yo tachado de excesivamente adepto a la música, pero es fácil observar los recursos, los procedimientos, el interés en los países más avanzados, en que se aprenda esta asignatura.

Estoy de acuerdo en que se enseñe muchas matemáticas, física, química, para que nuestro avance en lo material sea a nivel mundial, pero, ¿y la educación de los sentidos? ¿Y el goce espiritual que proporciona conocer y escuchar, deleitarse con la música de ópera, zarzuela, lo clásico, el folklore de la calidad, que tenemos mucho en España.

Muchos buscan los placeres espirituales en las bebidas alcohólicas, en el tabaco, en las drogas, que llevan irreparablemente, sin remisión a la pérdida de la humanidad. ¡Cómo me gustaría hacer la prueba de inculcar a los jóvenes la buena música y se convencerían de que no existe placer si llegaran a extasiarse escuchando a Litz, Beethoven, Mozart, Albéniz, Granados, Bretón, Serrano, Falla! Y así no hay peligro alguno para la salud del alma y del cuerpo.

Ya sé positivamente que existe mucha juventud que lo ha experimentado y que cada día está más convencida de que digo verdad, pero a los que no han probado este deleite pido una inclinación acentuada en escuchar esta clase de música. Al principio quizá os aburra, pero insistiendo, indagando el significado de cada obra, leyendo temas y libros relacionados con la música, terminaráis entrando en un mundo de ensueño.

No quiero decir con esto que se abandone la música POP, la música CAMP, porque dentro de esta música moderna hay trabajos extraordinarios. Melodías y ritmo que tiene que gustar, pero que no os quedéis en este capítulo, penetrar más profundamente en la música selecta.

La música ha acompañado al hombre desde los albores de su existencia. Expresa alegría, tristeza, lamentos o gozo impetuoso del corazón de un solo hombre y al mismo tiempo ser expresión dolorosa o jubilosa de todos los hombres, comprensible a su vez, por todos y para todos. Ningún lenguaje en el mundo puede vanagloriarse de ser tan universal.

Comencemos en Binéfar una nueva etapa para poner a nivel mundial en cultura musical a todos, pero muy especialmente a la juventud.

Hagamos clubs de aficionados a la música. Incrementemos espectáculos para que comience un interés mayor en la música selecta.

En la fiesta mayor tendremos Ballet, Zarzuela, conciertos. No desperdiciéis —joven— la oportunidad que te brinda la Comisión de Fiestas, cómodamente sin tener que desplazarse fuera de la Villa de asistir a estos espectáculos.

Haciendo un poco de historia quiero manifestarte que el RENACIMIENTO MUSICAL ESPAÑOL comienza hacia mediados del siglo XIX.

En la primera mitad del siglo, domina todavía claramente la ópera italiana con Rossini, Beltrini y Denzetti y también los pocos operistas españoles siguen las huellas de la gran tradición italiana. Elementos más nétamente ibéricos, tanto por el empleo de la lengua española como por la elección de temas locales, se encuentran en la Zarzuela, un género operístico que surge hacia el siglo XVII en el que alternan partes recitadas y partes cantadas. Hacia el siglo XIX alcanzó un renovado y amplio éxito.

El año 1894 el maestro Tomás Bretón hizo la VERBENA DE LA PALOMA.

El año 1898, Ruperto Chapí y Lorente compusieron LA REVOLTOSA. Obras muy destacadas dentro de la zarzuela española. Son las que van a representar en nuestra localidad.

El Ballet es la expresión de arte en todas sus facetas dentro del ritmo, decoración, música. Todo es bello en él. En lo español se da a conocer la riqueza de nuestro amplísimo folklore unido al ritmo, expresión en los dulces movimiento de brazos, piernas y cuerpo al unísono con la música. El Ballet de María Rosa es un bello exponente.

Me gustaría seguir escribiendo sobre música. Hay tema para mucho tiempo y creo que muy necesario es conocerlo si queremos colocarnos a nivel internacional.



... y se quedó en Binéfar

Mi amigo no era un hombre excepcional pero tampoco de los del montón.

Su pedigrí humano que le enorgullecía, convergencia de madre gallega, padre aragonés y catalán-extremeña y castellana-andaluza sus abuelos, daban como suma un perfecto «antropos-prototipus-hispánicus»; vamos, lo que se dice un «pura raza».

Solterón empedernido, temperamental y nervioso pero algo tímido, mi amigo se llamaba Delfín.

Delfín había hecho su «américa» en Norteamérica. Síganme.

Universitario con licenciatura médica recién estrenada y expediente académico brillante que le convertía en «cerebro exportable», tras desojar del todo la inquietante margarita de todo postgraduado español, a USA se autoexportó tras la cegadora luz de una beca tentadora.

En un año se especializó en neurología; y dale que dale al neurona en menos de quince, en una clínicuita de Ohio con escasos medios primero y después en una especie de Pentágono de la neurocirugía que logró organizar, montar y dirigir en Nueva York, curó o restauró neuronas en cantidades industriales; tanto que a los diez años de ejercicio y para que el Fisco no se fijara demasiado en él —¡caprichos que se tienen!— compró a buen precio para entretener sus fines de semana, una fábrica de cemento en Colorado. Y en aquella fabricota gris y destartada que exudaba un espeso polvo nublador de horizontes, fue enterrando en cantidades niagáricas los borbotones de dólares que su clínica producía.

Puso tanto empeño en hacer productiva su factoría como pequeño y entero iba convirtiéndose sin apercibirse, su otrora importantísimo Centro neurológico.

(Mientras tanto Delfín empezó a ver menos, a decir ¡eh!, ¿cómo?, cuando se le preguntaba, y a toser sin saber por qué).

Y cuando la curva de su producción cementicia acabó con los altibajos desordenados de lo experimental para tomar la recta verticalidad de los Apolo, una ley estadounidense recién estrenada sobre polución, le obligó a cerrar.

Sin sorpresa ni disgusto —esas cosas son normales en Norteamérica— Delfín hizo balance y lo vendió todo a como pudo.

«Con mi buen montoncete de dólares todavía pisaré fuerte en España», pensó Delfín. Y olvidándose adrede de sus títulos, distinciones científicas cuasi-Nobel e incipiente prestigiosa industrial, desde La Guardia voló rumbo a Barajas con su maletín de mano por todo equipaje. Los dólares, claro, puestos a buen recaudo en uno de esos Bancos que trabajan sin tropiezo, los haría volar hacia él a su antojo tras el garabato de su firma.

(No se daba cuenta, sin embargo, mi amigo Delfín que, aunque joven todavía, facturaba a España a un neurótico-bronquítico con sensibles fallos oto-oftalmológicos: lo que se dice, una birria humana).

«En España —reflexionó—: luz, arte, cultura, perfeccionaré mis otras latencias y saciaré mis ojos en la numismática», su violín de Ingres desde siempre, pero que lo tuvo semiolvidado y mohoso en su trastienda mental; porque para un científico USA no hay violines que valgan.

Repelente por saturación a las macrociudades, en Madrid, mi amigo Delfín tomó un helicóptero y en tres semanas sobrevoló España toda: la celtibera y la goda. Y ni Cantabria por sus abruptos acantilados y breves playas; ni las rías galaicas —remedio cursi de los fiordos noruegos— por sus excesos verdes y húmedos; ni el litoral mediterráneo (costas de luz, de sol o de azabache) por su extranjero hacinamiento humano, costumbres exóticas y chinchines negroides; ni la horizontal serenidad de la soledad castellana por su extremoso clima, interesáronle a Delfín para sentar sus reales.

Una tarde desde Barcelona convencido de que no iba a hallar en España población a su medida, tomó decidido un taxi para trasladarse a Francia.

Eligió la ruta Lérida-Huesca-Irún, y ¡oh, sorpresa!, antes de entrar en Binéfar un «no sé qué» de emoción, como si la villa hubiera sintonizado con su espíritu, sacudió todo su ser.

Deslumbrado por la luz horizontal del atardecer que rebotaba en el charol de su automóvil aminó la marcha y entre perfumes suaves y sensaciones nuevas, fue contemplando la maravilla de nuestras construcciones extremas.

La zona residencial e industrial que precede a la silueta silente de nuestro bellissimo Colegio Nacional, le dejó perplejo. ¿Por qué? Por el acierto artístico de sus construcciones, por la rumorosa melodía de su mecánico quehacer y por la polícromía geométrica de sus chalets y cuidados jardines.

¡A medida que penetraba en nuestra urbe crecía su emoción y arrobamiento! La cigzagueante calle de José Antonio, modelo de proporción y gusto arquitectónicos le hizo recordar, bien que en pequeño, la famosa Tivoli street de Nueva York. Al continuar rúa abajo y entrar en la Avenida del Generalísimo, fijóse en la primera construcción de la calle Zaragoza: Edificio en ladrillo oscuro y fachada alargada con ventanas poligonales metálicas de cierre hermético, parecióle un alroso bajel anclado, pues sus salientes balcones de esquinas formando un todo barroco y audaz, se asemeja a un mascarón de proa.

Ya dentro de nuestra gran avenida, noble por sus edificios, pavimento cuidado y equilibradas alturas, no le causó sorpresa ver, como las dos BB de bancos y bares (léase restaurantes, clubs, cafeterías) —constante que se repite en todas las poblaciones del mundo— van engulléndose mano a mano los más céntricos y valiosos lugares de la topografía urbana.

Paró el taxi frente al Zaragozano cuando anochece.

Al apearse le sobrecogió la grandiosidad de nuestra plaza de España. Enmarcada por su doble hilera de vigorosas acacias, vio en el centro, entre torrenteras de luz y agua, el soberbio monumento-fuente a Costa, Alvarado y Meseguer —los tres Lincoln de nuestro progreso agrícola—; y al reflexionar sobre el valor económico del conjunto escultórico, instantáneamente comprendió que una obra así no hubiera podido realizarse en Binéfar sin una perfecta y prolongada identificación de pensamiento y colaboración entre regidores y regidos.

Bastáronle estas primeras impresiones para que Delfín se dijera: «ésta es la población por antonomasia, y por serlo, será la mía».

Mas necesitaba descansar y de incógnito se trasladó al hotel.

Tras asearse y reposar un rato, bajó al salón-comedor. Acomodóse frente a un Goya en una mesa individual; leyó la minuta y pidió perdiz roja de Burgos, plato habitual de la casa.

Mientras cenaba dialogó a sorbos —en razón a su cargo— con el maitre, un entusiasta hincha de Binéfar.

—De la maravilla arquitectónica de Binéfar —díjole Delfín— no me hable usted. Bien que de pasada, acabo de comprobarlo con mis propios ojos. Pero, ¿qué me dice de sus gentes?

—Mire usted, son sencillamente formidables. Toda la población, simpática, amable, gentil, inquieta por el progreso y bajo el denominador común de «saber más», la verá agrupada en clubs o centros de arte y de cultura. Aserto que explican las publicaciones periódicas especializadas que aquí nacen, y la irradiación y prestigio que nuestro pensamiento tiene por todo el país.

Delfín tomó café; dormitó un poco por los tirones gástricos que la perdiz burgalesa le exigía, y para despejarse salló pasada la medianoche a la calle.

¡Ya la población, horizontalizada pero vigilada por duendes gigantes con sus báculos cenitales de luz, fabricaba silencios!

Subía a buen paso, como hacia la Estación calle arriba, cuando sin apercibirse y en plena acera, un contundente golpe contra su pecho le dejó «grogui».

(Habíase topado contra un camión desnudo, levantado de manos que para hacerle cirugía mayor, había entrado en uno de esos quirófanos mecánicos públicos que operan en las aceras).

Flaqueáronle las piernas y como un artrópodo tocado, ¡plaff!, su humanidad tierra sobre una charca de valvulina. Quiso incorporarse pero resbalaron sus manos en el suelo graso y cayó de nuevo. Vacilante, dolorido y turbado pudo alzarse al fin, para seguir haciendo eses grotescas. Perdían tono sus músculos y no cayó otra vez porque tras largas oscilaciones y traspíes quedó apuntalado su hombro por la pared del California. Semiinconsciente y como pudo, palpando la pared con sus dos manos, arrastróse hasta la esquina. Exigencias respiratorias le obligaron a torcer la cabeza hacia atrás. ... ¡Nublósele la mente! ¡La Estación se le alejaba entre brumas!... Y allí o calle abajo debió desplomarse definitivamente, porque a la mañana siguiente, hecho una pelota, lo encontraron frío.

Los médicos certificaron «traumatismo torácico, y niveles letales en sangre de monóxido de carbono».

Con esta triste contrariedad yo perdí a un buen amigo y Binéfar, más que a un mecenas en potencia, es posible perdiera su particular Plan Marchall, porque murió ab intestato.

Agosto 1972.

F. COSCOJUELA